J. BOUCHARDY

5366

LA HERMANA DEL CARRETERO

Melodrama en cuatro actos y un prólogo

M. Juarez

LA HERMANA DEL CARRETERO

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO POPULAR.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

J. Bouchardy

LA HERMANA DEL CARRETERO

MELODRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PRÓLOGO

TRADUCIDO Y ARREGLADO AL ESPAÑOL POR

MAGNOLIO JUAREZ

Representado por primera vez en el teatro Reina Victoria, de Villanueva del Obispo, el 22 de Noviembre de 1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CATALINA PATRIK	*Sra. Chiva.*
ENRIQUETA	*Srta. Polonia.*
TOMÁS PATRIK	*Sr. Babi.*
EL REY JACOBO III	» *Esteve.*
ENRIQUE. Después del Prólogo JACOBO IV	» *López.*
DUQUE ROBERTO	» *Martínez.*
CARLOS	» *Mathevos.*
DICKSON.	» *González.*
RALPH	» *Povedano.*

La acción del prólogo en Escocia, la obra en Inglaterra y durante el reinado de Jacobo IV.

PROLOGO

Sala de planta baja de una casa de modesta apariencia en los alrededores de Edimburgo. Puerta al foro y ventana a la derecha que da al campo, y laterales primer término derecha e izquierda.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE aparece sigilosamente por la derecha y cierra con cuidado.

Duerme aún; tal vez estaré ya de vuelta cuando despierte, y así no notará mi ausencia. Que lo ignore todo. ¡Destino inconstante el mío! Afortunadamente hallaré cerca de aquí el caballo que en una hora me llevará a Edimburgo. ¡Adiós, esposa mía! ¡Adiós, hija! (Dirígese a la puerta por donde salió.) Partamos. (Vase por el foro.)

ESCENA II

CATALINA, luego TOMÁS.

CATALINA (Saliendo por la misma puerta que Enrique.) Marchóse hoy también. (Mira por la ventana.)

669275

Toma, como los demás días, el camino de Edimburgo. ¿Qué secreto esconderá? (Llaman al foro.) ¿Quién puede ser? (Vuelven a llamar.)

TOMÁS ¡Abre, Catalina!

CATALINA ¡Ah, es Tomás! Voy, voy, hermano mío. (Abre y penetra Tomás.)

TOMÁS ¡Ajaja, ya llegué! Seguramente no me aguardabais tan pronto y tan de madrugada. ¿Pero qué te pasa? Noto algo extraño en tu semblante.

CATALINA Hermano mío, en vano procuraría ocultar mis recelos.

TOMÁS ¿Recelos?

CATALINA Sí; Enrique no me quiere.

TOMÁS ¡Habrá tonta!

CATALINA Oyeme: Hace algunos días que noto cierta intranquilidad en el ánimo de mi esposo. Su vida es misteriosa. Sale de madrugada confiando en que yo no lo noto, y ayer quise seguirle. A poca distancia de aquí montó en un caballo y desapareció hacia Edimburgo.

TOMÁS Todo ello me convence de una cosa, y es lo que siempre te he dicho: Enrique será sin duda el hijo natural de algún noble, y debe haber averiguado cuál es su cuna.

CATALINA Tal vez he sido indiscreta, pero como le vi guardar sigilosamente una cajita, no pude resistir mi curiosidad, y...

TOMÁS ¿La has abierto?

CATALINA No. Está cerrada por medio de un resorte. Voy por ella. (Vase y vuelve luego.)

TOMÁS Siempre he creído que hay en la vida de mi hermano Enrique algo indescifrable, y que su cuna no es igual a la nuestra.

CATALINA Aquí está. (Aparece con una cajita.)

TOMÁS (Examinándola.) Es una mala acción lo que vamos a hacer al abrirla, pero conste que es para tu tranquilidad. (La abre con la punta de un cuchillo y vuelve a cerrarla.) ¡Eh!... ¿Qué es esto?

CATALINA ¿Qué contiene, que de tal modo vuelves a cerrarla?

TOMÁS No; nada, nada.

CATALINA Déjamelo ver, te lo suplico.

TOMÁS Toma, pobre Catalina. (Se la da.)

CATALINA (Sacando lo que hay en la caja.) He ahí la prueba de su infidelidad. ¡Un medallón! ¡Unos rizos! No hay duda que me engaña. ¡Una carta!

TOMÁS ¿A qué leerla? Tienes ya la prueba de la infidelidad de Enrique.

CATALINA Firma Enriqueta. El nombre de nuestra tierna hija.

TOMÁS ¿Y qué te importa el nombre?

CATALINA Sin embargo, quiero saber lo que dice. (Lee.) «El deseo de que lleguen hasta ti mis noticias, es lo que me obliga a escribirte. No esperes acusaciones por tu conducta; yo nunca podía llegar a ser tu mujer.» ¿Has oído lo que dice?

TOMÁS Será que no pertenece a nuestra religión, y como la ley lo prohibe.

CATALINA «Pero yo confío que algún día volverás a mi lado, aunque no sea más que para fortalecerme con tu presencia y besar a tu hijo, a quien he enseñado a pronunciar el nombre de Enrique.» (No puede ocultar las lágrimas.) ¡No puedo más!

TOMÁS ¡Ea, basta, basta, no sigas! Es preciso preguntarle qué significa todo eso.

CATALINA ¿Y crees que dirá la verdad?

TOMÁS Pues yo la averiguaré. El no sabe mi llegada; yo me encamino a la ciudad y antes de la noche estaré de vuelta. Como mi hijito Jhon estaba dormido, le he dejado en la posada al llegar con el carro, y así cuando tu marido regrese, no va a sospechar que yo haya vuelto.

CATALINA ¿Le dejaste en la posada?

TOMÁS Sí, y me felicito de ello, pues si le hubiera traido aquí, al verle tu esposo sabría que estoy de regreso. Por la noche ya le

traeré. Luego después llégate allá, por si le falta algo. No perdamos el tiempo. Adiós, Catalina, hermana mía, confía en mí. (Al ir a la puerta aparecen Jacobo III, Roberto y Dickson, humildemente vestidos.)

ESCENA III

Dichos, JACOBO III, ROBERTO y DICKSON.

TOMÁS ¡Eh! (Al verles.)

CATALINA Se me había olvidado. Podéis entrar. Aquí está mi hermano Tomás.

TOMÁS ¿Quieres explicarte?

CATALINA Estuvieron ayer preguntando por ti.

JACOBO Y nos alegramos de hallaros.

TOMÁS ¿Qué se os ofrece?

ROBERTO ¿Tenéis un buen carro y caballerías a propósito?

TOMÁS No hay en todo el país ni uno ni otras mejores. En la posada están; si queréis, mi hermana allá se dirige, y podréis cerciorarse por vosotros mismos.

ROBERTO Somos tundidores, y necesitaríamos que nos transportarais hasta Londres seis sacos de lana fina.

TOMÁS Los transportaré.

ROBERTO ¿Cuándo partís?

TOMÁS De aquí tres días.

ROBERTO ¿Y vuestra llegada será?...

TOMÁS No puedo contestaros tan fácilmente. Desde que los nobles invaden con sus peleas los caminos, o los vasallos con las suyas contra los nobles, no sabe uno jamás el día que llegará; pero tened por seguro que Patrik y su carro llegan siempre, más tarde o más temprano, aunque sea abriéndose camino por los bos-

ques. Pues os advierto que manejo lo mismo el hacha que el látigo.

JACOBO ¡Desgraciada Escocia!

TOMÁS Desgraciada, hasta que su legítimo rey Jacobo III vuelva a sentarse en su trono, y que por cierto, según en Inglaterra se dice, que no está lejos este día.

JACOBO ¿Qué se dice? Hablad.

TOMÁS No sé si será cuento, pero lo parece. En fin, allá va. Como sabéis, hace siete años que se encuentra prisionero de Enrique VIII, cuando un día llegó éste a su encierro, celebrando los dos una entrevista, en la cual el rey Jacobo le reveló que tenía un hijo secreto de una dama escocesa, que había sido vilmente asesinada, y que por esta razón ignoraba el paradero del fruto de sus amores.

JACOBO Continuad. ¿Qué más?

TOMÁS Entonces, dicen que Enrique vió en ello el modo de aliar su corona a la de Escocia, y ofreció la libertad al prisionero con tal de buscar a su hijo, reconocerle como a tal, y casarlo con la más joven de sus hijas. De este modo quedarían unidas las dos coronas. Dicen luego, que el rey Jacobo fué puesto en libertad, jurando cumplir aquellas condiciones y tomó el camino para Escocia a fin de hallar el rastro de su hijo.

JACOBO Todo eso es cierto. Pero el rey Jacobo ignoraba lo sucedido durante los siete años de cautiverio. La madre de su hijo había caído bajo el puñal del traidor que vendió a su amante, pues temió que descubriera su traición.

TOMÁS Ya entiendo. ¿De manera que el mismo infame que perdió a Jacobo, fué luego el asesino de la dama escocesa?

JACOBO Sí, por temor a ser descubierto por ella, pues le constaba que había sido él quien le traicionó.

TOMÁS ¿Y el hijo, cómo pudo salvarse?

JACOBO A la Providencia se debe tal milagro, aunque ignora su alcurnia.

TOMÁS ¡Quiera Dios que pronto se realice cuánto acabáis de decir, pues así lo exige la tranquilidad y el sosiego de nuestra patria! Perdonad un momento; voy a buscar a mi hermana para que os acompañe a la posada. (Vase por la izquierda.)

JACOBO Nuestra estratagema va surtiendo efecto. Gracias a ella, hemos podido llegar al lado del hermano de esta joven, y me parece un leal escocés. Ahora debo hablar a Catalina.

ROBERTO ¡Quiera el cielo que no sea en balde!

JACOBO Silencio: aquí están nuevamente.

CATALINA Cuando os plazca iremos a la posada.

ROBERTO En marcha.

CATALINA ¿Volverás al anochecer? (A su hermano.)

TOMÁS Te lo prometo, para llevarte la tranquilidad.

CATALINA ¡Vamos, pues!

ROBERTO (A Dickson, que permanece sentado.) En marcha, dicen, perezoso.

DICKSON ¡Ah! Vamos, pues.

CÁTALINA Hasta la noche, hermano mío.

TOMÁS Hasta la noche.

ESCENA IV

TOMÁS y a poco ENRIQUE.

TOMÁS He ofrecido tranquilizarla a mi vuelta. ¿Pero acaso podré cumplir mi promesa? La infidelidad de Enrique está probada; sin embargo, a veces las apariencias... Sea lo que Dios quiera. No perdamos el tiempo, no fuera que me hallara aquí. (Llaman.) ¿Quién será?

ENRIQUE Soy yo, Catalina, abre. (Dentro.)

TOMÁS ¡El! Desconcertóse mi plan. (Abre.)

ENRIQUE (Entrando.) Cómo, hermano mío, ¿estás ya de vuelta?

TOMÁS Sí lo estoy. ¿Viste a Catalina? Acaba de marcharse ahora mismo con unos forasteros a la posada, para ir a ver a mi hijo Jhon.

ENRIQUE ¿Y cómo no está aquí tu hijo?

TOMÁS Porque no quise que por él te enteraras de mi llegada.

ENRIQUE No comprendo.

TOMÁS Pues ya que la precaución es inútil, vamos a hablar los dos, y espero dirás la verdad.

ENRIQUE ¡Jamás mentí!

TOMÁS Oye, pues. Necesito me expliques la procedencia de la cajita misteriosa que con tanto sigilo guardabas.

ENRIQUE ¿Habéis violado mi secreto?

TOMÁS Dirás mejor descubierto tu deslealtad. Habla.

ENRIQUE Esta caja de nada me acusa.

TOMÁS ¿Cómo no?

ENRIQUE Si os hubiérais fijado bien en el medallón, habríais leído una inscripción que se refiere a quince años atrás, y es de la amante de mi padre.

TOMÁS ¿Luego ella era?...

ENRIQUE Mi madre.

TOMÁS Perdóname, y perdona a Catalina. Te acusaba injustamente. ¡Qué contenta va a ponerse la pobre!

ENRIQUE Os perdono, pero en la vida volváis a ofenderme dudando de mí. Ahora escucha: Por medio del contenido de esta caja yo supe que mis padres eran nobles y poderosos.

TOMÁS Lo que yo siempre presumí.

ENRIQUE Mi enlace con Catalina es un obstáculo para los planes de mi familia, y es necesario que esta misma noche partáis los

dos de aquí, con mi tierna hija, hacia Edimburgo. Fingiéndoos esposos; tomáis alojamiento en el arrabal, donde luego me reuniré con vosotros. Hasta llegar a la ciudad, no les reveles el objeto del viaje, y asegúrale en mi nombre que yo siempre seré el mismo para ella.

TOMÁS Catalina vuelve. (Escuchando.)

ENRIQUE Vamos, pues, no es conveniente provocar ahora explicaciones.

TOMÁS Soy completamente tuyo. Quedé en verla al anochecer y partiremos hoy mismo de aquí. Sígueme. (Vanse por la derecha.)

ESCENA V

CATALINA, luego JACOBO III.

CATALINA (Por el foro, con inquietud.) No hay duda, uno de ellos viene siguiéndome. ¡Qué extrañas han sido sus preguntas al dirigirnos a la posada! Voy a cerrar. (Aparece Jacobo.) ¡Ah! ¿sois vos?

JACOBO Yo soy, Catalina Patrik, y es en este instante el Rey de Escocia quien te habla.

CATALINA ¡Vos! ¿Vos el Rey?

JACOBO Los momentos son preciosos, y te pido un rato de atención.

CATALINA Hablad, señor.

JACOBO Poco sabes tú cuánto puedes en el destino de mi trono y de mi patria.

CATALINA No os entiendo.

JACOBO Enrique, tu marido, es mi hijo, y por lo tanto, el heredero de la corona.

CATALINA ¡Gran Dios!

JACOBO Tres días hace que di con él, y para convencerle de mis palabras, puse en sus manos una cajita que contiene dulces recuer-

dos de su madre y las pruebas de su nacimiento.

CATALINA ¡Dios mío! ¡la caja por la cual le acusaba! ¡Oh! hablad, señor; ya os escucho.

JACOBO Durante siete años he permanecido prisionero del rey de Inglaterra, y si he recobrado la libertad ha sido a condición de hallar a mi hijo y casarlo con la más joven de sus hijas. Mi hijo se ha negado en absoluto a romper el matrimonio contraído, y yo espero de ti que, atendiendo a las poderosas razones de Estado que acabo de participarte, le convencerás de ello. De lo contrario, todas las desgracias, todas las calamidades caerán sobre nuestra patria y sobre nuestras cabezas. Si atiendes a mis razones, Enrique reinará en Escocia con el nombre de Jacobo IV.

CATALINA ¡Dios mío! ¿Qué osáis proponerme? ¿Y decís que Enrique se ha negado?

JACOBO Por ti solamente y por su hija.

CATALINA Señor, yo sólo puedo deciros que Enrique dispone de mí, y que yo sólo debo obedecer sus decisiones.

JACOBO ¿Y si por su culpa se enciende en nuestra patria la guerra con mayor encarnizamiento y halla la muerte en la lucha?

CATALINA Moriré con él. Y permitidme ahora, señor, que me retire, y tened la seguridad que ciegamente, y sea cual sea, obedeceré la voluntad de mi marido. (Vase izquierda.)

JACOBO ¡Perdido! ¡perdido sin remedio! ¡No hay esperanza para mí!

ESCENA VI

Dicho y ROBERTO, que salió poco antes.

ROBERTO Lo que presumí, señor.

JACOBO ¿Has oído?

ROBERTO Sus últimas palabras.

JACOBO Todo es inútil.

ROBERTO Sólo nos queda la violencia como último recurso.

JACOBO ¿La violencia has dicho?

ROBERTO Naturalmente, si vuestro hijo enviudara, todo se resolvería.

JACOBO ¿Qué me propones? ¿La muerte de esta mujer? (Catalina escucha.)

ROBERTO ¿Acaso Welence y Roberto Bruce, vuestros antecesores, tuvieron semejantes escrúpulos para conservar su trono? Yo lamento vivamente llegar a tales extremos, pero cuando no hay otro remedio, y a ello obligan altos intereses, poco significa el sacrificio de una vida.

JACOBO ¡Ah, no! ¡jamás! esta joven es la mujer de mi hijo, es mi hija. Volveré a mi cautiverio, ya que no nos es posible cumplir lo ofrecido a Enrique VIII. Yo no me presento a mis vasallos con las manos ensangrentadas.

ROBERTO ¿Qué decidís, pues?

JACOBO Volver a mi calabozo, en el que he permanecido durante siete años.

ROBERTO ¿Y morir en él?

JACOBO Así lo destina el cielo. (Aparece repentinamente Catalina.)

ESCENA VII

Dichos y CATALINA.

CATALINA Os engañáis, el cielo destina vuestra libertad.

JACOBO ¡Catalina!

CATALINA Sí, vuestra libertad. Hace poco hablasteis al corazón de la esposa, pero el de la hija debe salvaros.

JACOBO ¡ Salvarme !

CATALINA Sí. Anulad el casamiento de vuestro hijo. Cuando los padres se resignan a morir por sus hijos, éstos deben salvar a los padres.

JACOBO ¡ Hija mía !

CATALINA Me arranco con ello la vida, pero no importa. Hoy mismo partiré lejos, muy lejos. A vos, padre mío, confío el cuidado de nuestra pobre hija, todo mi tesoro.

JACOBO Yo te lo juro. Ella será el consuelo de mi vejez, y yo la enseñaré a bendecir tu nombre.

CATALINA Antes de separarnos, señor, recibid de mí un secreto que jamás quise revelar a vuestro hijo, ante el temor de que al querer vengar a su madre expusiera su vida.

JACOBO Habla. ¿La conociste acaso?

CATALINA Murió junto a mí.

ROBERTO (Qué dice esta mujer. Debo enterarme.)

JACOBO ¡ Oh, habla, habla !

CATALINA El hombre que os traicionó, sabiendo que ella le conocía, y ante el temor de que os lo mostrara a vuestros ojos, procuró deshacerse de ella.

ROBERTO (Esta joven puede ser mi perdición.)

CATALINA A tal objeto, por medio de una carta, en la que falsificaron vuestra letra, logró introducirse hasta ella y la asesinó vilmente ; pero yo pude recoger sus últimas palabras, que algún día tal vez pueden haceros venir en conocimiento de quién sea el traidor.

JACOBO Es la providencia quien te ha traído a mi lado ; continúa. ¿Quién fué?

CATALINA No pudo decirme su nombre ; lo único que pudo declararme, es que era un simple capitán a quien una traición había elevado.

ROBERTO (¡ Qué escucho ! Afortunadamente me enteré a tiempo.)

JACOBO Yo le descubriré. Desde aquella época no ha habido ocasión alguna para que un

simple capitán pudiera ennoblecerse. Sólo en pago de una traición podía lograrlo. Yo sabré quien es.

CATALINA Ahora ya, dejadme partir, pues si Enrique me hallara aquí, no respondo que no vacilase en mis propósitos.

JACOBO Vamos, hija mía, te acompañaré hasta el camino y te daré mi bendición antes de separarme de ti. Aguardadme vos. (A Roberto.)

CATALINA Velad por mi pobre hija, a la que no quiero besar por última vez, pues haría desfallecer mi ánimo para el sacrificio.

JACOBO Nada temas por ella. Yo te lo juro.

CATALINA Vamos, pues, señor.

JACOBO Vamos, hija mia.

CATALINA ¡ Hija !... ¡ hija de mi alma ! Adiós... adiós para siempre. (La manda un beso y desaparecen.)

ESCENA VIII

ROBERTO, luego DICKSON y RALPH.

ROBERTO Esta mujer, sin figurárselo, ha decretado la muerte del rey Jacobo. Es preciso que no vuelva a penetrar en Edimburgo, poco le costaría averiguar que el que le traicionó hace siete años, y el que por medio de una carta falsificada pudo llegar hasta su amante, para asesinarla, son una misma persona. Si no aprovechara la ocasión me entregaría yo mismo al verdugo. ¿Pero cómo voy a borrar las huellas? ¡ Oh ! ¡ qué idea ! sí, no perdamos tiempo. (Va a la ventana y llama.) ¡ Dickson ! ¡ Ralph ! (Aparecen por el foro.)

DICKSON ¿Necesitáis de nosotros?

ROBERTO Más que nunca. Oye, Ralph, al admitirte a mi servicio, señalándote dos mil mar-

cos de oro al año, fué porque me dijiste que era certera tu puñalada.

RALPH Y puedo probarlo.

ROBERTO Oyeme bien, el que de aquí acaba de salir hace poco es preciso que no vuelva a penetrar.

RALPH Comprendo. Quedad tranquilo. (Vase.)

DICKSON ¿Qué os proponéis?

ROBERTO Salvar nuestras cabezas del hacha del verdugo. Oyeme ahora. ¿Conservas aún la habilidad para imitar la letra del Rey Jacobo como hace siete años atrás?

DICKSON Creo que puedo comprometerme a ello.

ROBERTO ¿Podrías hacerlo ahora mismo?

DICKSON Como que a tal objeto son el pergamino y la pluma mis inseparables compañeros.

ROBERTO Escribe, pues, a la luz de la luna.

DICKSON Podéis dictar. (Se coloca cerca de la ventana, después de haber sacado pergamino, pluma y tintero.)

ROBERTO Hijo mío: he descubierto a tu amante el secreto de tu nacimiento, y procurando interesarla para que en tu beneficio renunciara los lazos que a ella te ligan, y que imposibilitan la alianza con Enrique VIII, no hice otra cosa que despertar su ambición, y muero a manos de los asesinos apostados por ella. Ahora la firma. (Toma el pergamino.) Muy bien, la misma letra que engañó a la amante del rey engañará a su hijo. Esta carta nos guardará de la delación que algún día pudiera hacer Catalina, pues lograremos con ella su perdición. (Yendo a la ventana.) ¡Nada se oye, si fallará el golpe de Ralph!

JACOBO ¡Favor! ¡socorro! (Dentro.)

ROBERTO ¡Ah! ¡es él!

TOMÁS ¡Defendeos! ¡Nada temáis! (Dentro.)

ROBERTO ¡Alguien corre en su auxilio! Oh, vamos nosotros, pongámonos la máscara. (Lo hace y vase por el foro.)

DICKSON ¿Que corra yo? No, no soy tan diestro esgrimiendo las armas como la pluma. Allá

vosotros. (Mirando por la ventana.) ¡Son dos a dos! He visto relucir una hacha. Me parece que la cosa ha concluído. Dos hombres se dirigen hacia aquí. No conviene hallarme con ellos. Vamos en auxilio de los míos, ahora que, según parece, nada hay que hacer. (Salta por la ventana.)

ESCENA IX

TOMÁS, que sostiene a JACOBO, moribundo.

TOMÁS Venid, venid, yo iré luego en persecución de estos canallas.

JACOBO Siento que mis fuerzas me abandonan, voy a morir.

TOMÁS ¡Ah! yo os juro que cuando menos a uno de ellos voy a reconocerle, le he causado una herida con el hacha que no se la curará tan sencillamente.

JACOBO Oidme... decid a mi hijo... (Expirando.)

TOMÁS ¿Pero quién es vuestro hijo?

JACOBO Que un conde de Edimburgo...

TOMÁS Sí, acabad, ¿quién es?... ¡Dios mío se muere!... (Jacobo muere.) Ya no hay remedio. ¡Y yo sin poder ir tras los asesinos de este desgraciado! ¿Qué misterio esconde cuanto acaba de suceder aquí? (Cae a sus pies una carta atada a una piedra que arrojan por la ventana.) ¡Una carta! (La abre y lee.) «A Tomás Patrik.» Y va dirigida a mí. «Un noble y alto personaje acaba de llevarse a vuestro hijo de la posada.» ¡Dios eterno! ¡Hijo mío! «el os responde de su educación, y si en algo apreciais la vida, mañana, al rayar el día, embarcaos en un buque que parta a las Indias. Si diriges

tus pasos a la ciudad, o repites cuanto has visto u oído esta noche, tu hijo morirá. Elige.» ¡Mi hijo en poder de tales asesinos! ¿Qué debo hacer, Dios mío? ¿Qué debo hacer para salvarle? (Cae de rodillas.)

TELÓN

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

Las ruinas de la Abadía de Dierham convertida en lazareto de apestados. Al foro, entrada a una galería. Puerta grande a la derecha. Piedras esparcidas por la escena.

ESCENA PRIMERA

RALPH y DICKSON, el primero echado encima una piedra, y el segundo aparece por el foro ricamente vestido.

DICKSON — La antigua Abadía convertida en lazareto de apestados. ¡Cómo cambian las cosas del mundo!

RALPH — Ya lo creo que cambian.

DICKSON — Calle; sí, no me engaño; ¿tú, Ralph, en mozo del lazareto?

RALPH — Ya lo ves. ¿Y tú qué vienes a hacer a estos sitios tan poco agradables?

DICKSON — Te diré; debo acompañar al Duque Roberto.

RALPH — ¿Al primer ministro?

DICKSON — Sí. Como se digna presidir la ceremonia que debe celebrarse para el alma de los enfermos y la paz eterna de los muertos.

RALPH — ¿Y ningún recuerdo conserváis los dos de aquella noche?

DICKSON — Difícilmente creo que mi señor la haya borrado de su memoria. La imagen de aquella mujer, de Catalina Patrick, se le aparece en sueños algunas veces.

RALPH — ¿Y qué hizo del hijo de su hermano, de

aquel niño que nos apoderamos en la posada?

DICKSON Vive a su lado y ha cuidado de él como si fuera su propio hijo.

RALPH Generoso ha sido con él.

DICKSON No es todo generosidad. Ha concebido sus planes; tiene el proyecto de casarle con alguna rica heredera, pues el ministro, a causa de sus derroches, necesita reponer sus arcas.

RALPH ¿Y no teme que se presente algún día su verdadero padre?

DICKSON ¿Quién piensa en ello después de tan largos años? (Cruzan cuatro hermanas de la caridad por el foro, Ralph se descubre.)

RALPH Descúbrete tú también, son unas santas, que voluntariamente han venido a cuidar de los apestados.

DICKSON Tal vez, como tú, son pecadoras arrepentidas. Te dejo, pues, que he de ir al encuentro del Duque.

RALPH Ve con Dios. (Vase Dickson.)

ESCENA II

RALPH y a poco TOMÁS.

RALPH He aquí las injusticias del mundo. El, todo un señor, y yo un mozo del lazareto.

TOMÁS Sólo este triste sitio me falta registrar. ¡Eh, buen hombre!

RALPH ¿Qué se os ofrece? ¿Estáis reñido con vuestra vida, que venís a semejantes sitios?

TOMÁS Quisiera obtener de vos un señalado servicio.

RALPH Hablad.

TOMÁS Que os intereséis a fin de que me admitan como mozo del lazareto.

RALPH Muy poca cosa puedo hacer en favor vuestro.

TOMÁS Decidme, ¿conducen aquí también a los nobles cuando son atacados del contagio?

RALPH Sea quien fuere. Mirad, tenemos aquí nada menos que a dos condes de Edimburgo.

TOMÁS (Bien me informaron.) (Oyese una campana.)

RALPH Perdonad, me llaman en la enfermería. Os aconsejo, si no estáis reñido con vos mismo, que os alejéis cuanto antes. (Vase.)

ESCENA III

TOMÁS y luego CARLOS.

TOMÁS ¡Ha dicho dos condes de Edimburgo! ¿Si será uno de ellos el que ando buscando? ¡Qué haré, Dios mío, para penetrar en el lazareto a fin de averiguarlo! (Se sienta en una piedra.)

CARLOS Llegué ya hasta la puerta de esta triste mansión. Yo no puedo resistir la ansiedad que me devora. Necesito verla, saber de ella cuando menos. Este hombre (Por Tomás.) tal vez sea uno de los mozos del lazareto. Perdonad.

TOMÁS ¿Qué se os ofrece?

CARLOS Tengo en mi poder una licencia para entrar y...

TOMÁS ¿Una licencia habéis dicho? ¡Oh! escuchadme; ¿no podríamos servirnos de ella los dos? Diera la mitad de mi vida para conseguirlo. Señor, vos fácilmente podréis adquirir otra.

CARLOS Es verdad. ¿Pero qué interés tenéis en ello? ¿Acaso vuestra esposa?...

TOMÁS No.

CARLOS ¿Vuestro padre, hermano?

TOMÁS Tampoco.

CARLOS ¿Un amigo tal vez?

TOMÁS Os engañáis, es un enemigo a quien busco.

CARLOS Tal vez ya murió.

TOMÁS Es mi temor. Sabedlo: ese vil, ese canalla, me robó a mi hijo hace veinte años.

CARLOS ¿Y hasta ahora no os acordáis de él?

TOMÁS Hízome partir con la amenaza de que lo mataría si intentaba averiguar su paradero.

CARLOS ¿Y decís que se encuentra en el lazareto?

TOMÁS Tal creo.

CARLOS ¿Qué haríais por mí, si os concediera la licencia?

TOMÁS Cuanto me ordenareis, como no sea un crimen.

CARLOS Oidme, pues: no me llevan hasta aquí, como a vos, el odio ni sentimiento alguno de venganza, al contrario, es el amor el que aquí me trae. Amo a una doncella, que, víctima del contagio, fué trasladada a esa triste mansión, y quisiera saber de su suerte. Sólo deseo, pues, que, a seros posible, os lleguéis hasta ella, a fin de decirme luego cuál es su estado, porque la incertidumbre me devora.

TOMÁS Contad conmigo. ¿El nombre de esa joven?

CARLOS Enriqueta. No os digo el de sus padres, porque no llegó a conocerlos. Su edad, veinte años.

TOMÁS ¿Dónde os hallaré?

CARLOS Aquí.

TOMÁS No faltaré.

CARLOS Id con Dios, buen hombre.

TOMÁS El os salve a vos y a la joven a quien amáis. (Vase.)

ESCENA IV

CARLOS, ROBERTO y DICKSON.

CARLOS Aquí espero, Dios mío, la muerte o la felicidad. En este instante acaba este hombre de separarse de mi lado, y le quisiera de vuelta otra vez.

DICKSON (Señalando a Carlos a Roberto.) No os lo dije, vedle.

ROBERTO ¡Cuánta imprudencia la suya!

CARLOS (¡Cielos! ¡mi padre!) Padre mío...

ROBERTO ¿De modo que de nada os sirven mis consejos, ni las órdenes que os tengo dadas? Que en mengua de vos mismo, abandonáis el servicio de Su Majestad yendo en pos de unos amores locos que os degradan?

CARLOS ¡Padre mío!...

ROBERTO Lo repito. Y ya que a ello me obligáis, os diré que es indigna de vuestro cariño, por su dudosa conducta.

CARLOS ¿Acaso suponéis?

ROBERTO Lo que vi por mis propios ojos; esa mal aconsejada joven recibe en su casa, cautelosamente, a cierto enmascarado por el cual puede sostener el rumbo en que la vemos.

CARLOS Es imposible, os habéis engañado.

ROBERTO No quiero ahora continuar sobre este punto, me reservo para luego el convenceros y consolaros. Partid al palacio real de Edimburgo, según vuestro deber os llama, y no repitáis tales escenas. Este es mi deseo, que buenamente os manifiesto: no me obliguéis a recurrir a otros medios.

CARLOS Está bien, obedeceré.

ROBERTO (A Dickson, presentándole la mano derecha.) Dickson, descalza mi guante, para que pueda besarme la mano diestra, como señal de mi perdón. (Carlos se la besa.)

CARLOS Dios os guarde, milord. (Vase.)

ESCENA V

ROBERTO y DICKSON.

ROBERTO Ponme nuevamente el guante, Dickson. Esta funesta pasión dará al traste con

cuantos planes acaricié. Oye, Dickson, mientras yo arengaré a los fieles, una vez terminados los divinos oficios, procura enterarte si es que esta joven ha fallecido víctima del contagio. Necesito saberlo antes de mi regreso a Edimburgo. Luego ya veremos.

DICKSON Así lo haré.

ROBERTO Vamos ahora, que el primer Ministro no debe hacerse esperar. (Vase.)

ESCENA VI

CARLOS, luego TOMÁS.

CARLOS Yo no puedo separarme de este sitio sin averiguar lo que ha sido de ella. ¿Serán ciertas las palabras de mi padre? ¿Será Enriqueta indigna de mi cariño?

TOMÁS ¿Estáis aquí?

CARLOS Aguardando impaciente.

TOMÁS Pues calmaos, vuestra amada se halla ya restablecida, y en este instante abandonará el lazareto.

CARLOS ¡Gracias! ¡Gracias, Dios mío! ¿La viste?

TOMÁS Sí, es hermosa como un ángel, y me ha preguntado si la aguardaba un caballero enmascarado.

CARLOS ¿Qué habéis dicho? ¿Luego es cierta mi desgracia?

TOMÁS ¿Qué os sucede?

CARLOS Este enmascarado es mi rival.

TOMÁS Me parece que no estáis en lo cierto. Esta pobre niña respira candor e inocencia; no os dejéis llevar de un falso arrebato; es solamente un consejo. Yo, en cambio, no hallé a la persona que busco; visitaré los otros lazaretos. Quedad con Dios y creedme, no puede haber engaño en una joven que toda ella respira candor.

CARLOS ¿Os marcháis?

TOMÁS Sí, pero en Edimburgo será fácil que nos hallemos nuevamente, y allí me tendréis dispuesto a serviros. (Vase.)

ESCENA VII

CARLOS, luego CATALINA, con el traje de hermana de la caridad, y ENRIQUETA.

CARLOS Tal vez tenga razón este hombre. No es posible que Enriqueta juegue de tal modo con mi cariño. ¡Dios mío! arranca de mí tan horrible sospecha. Una hermana de la caridad y una joven que salen del lazareto. (Al verlas.)

CATALINA Aquí te dejo, hija mía, sabe Dios si te hallaré nuevamente en mi camino.

ENRIQUET. Si alguna vez vais a Edimburgo...

CATALINA No, yo no iré jamás a esa ciudad. Siento teneros que dejar sola. La persona a quien aguardáis se ha retrasado tal vez.

ENRIQUET. No importa, aquí puedo ya esperar libremente.

CATALINA ¿Y no conocisteis a vuestra madre y os llamáis Enriqueta?

ENRIQUET. Diariamente me habéis hecho tales preguntas.

CATALINA Si supierais los recuerdos que vuestra presencia me traen.

ENRIQUET. He notado que os embarga algún sufrimiento.

CATALINA No os habéis engañado, pero ya todo pasó para mí. Hablemos de vos, de vos solamente, del que debe venir a buscaros.

ENRIQUET. ¡Ah, miradle, ya llega! Cuanto siento la separación. No sé por qué me parece que volveremos a vernos.

CATALINA Tal vez, quedad con él, hija mía, el cielo os proteja. (Vase.)

ESCENA VIII

CARLOS, ENRIQUETA y ENRIQUE con el nombre de JACOBO, aparece embozado y con antifaz.

JACOBO ¡ Enriqueta !

CARLOS (¡ No me engañó mi padre, es él !)

ENRIQUET. ¿ Sois vos?

JACOBO Sí ; yo, que vengo para restituirte a tu hogar, ya que el cielo ha permitido que te salvaras. Deja que bese tu pura frente. (Se quita el antifaz.) Y ahora vamos. Ocultaré nuevamente mi rostro.

CARLOS No debíais haberlo descubierto, si no queríais ser reconocido.

ENRIQUET. ¡ Carlos !

CARLOS (Al reconocer a Jacobo.) ¡ Dios de bondad ! ¡ El rey ! (Cae de rodillas.)

JACOBO Levanta, joven.

CARLOS Señor, castigad mi osadía.

JACOBO Ve, Enriqueta, me precisa hablar con este joven. Allí aguarda la carroza.

ENRIQUET. (¡ Qué va a suceder, Dios mío !) (Vase.)

ESCENA IX

JACOBO y CARLOS.

CARLOS Señor, imponedme el castigo que os plazca.

JACOBO Decidme, ¿qué móviles os impulsaron a espiar a esta joven?

CARLOS El amor que por ella siente mi pecho, y los celos me cegaron, sin sospechar que fuera el rey quien en ella había puesto sus ojos.

JACOBO ¿Cuáles eran vuestras intenciones?

CARLOS Hacerla mi esposa.

JACOBO ¿Y has creído que mi protección la infamaba?

CARLOS Señor...

JACOBO Acaba, ¿y creiste que es mi manceba?

CARLOS No sé mentir.

JACOBO Pues te engañas. Esta joven es mi hija.

CARLOS ¿Qué habéis dicho?

JACOBO Ni una palabra. El misterio que me rodeó en mis entrevistas es porque su nacimiento está envuelto en un doloroso recuerdo. Tú ignoras quién es su madre.

CARLOS No lo ignoro, señor. Pero Catalina Patrik es inocente del crimen por el cual está condenada.

JACOBO No sabéis cuanto agradezco vuestras palabras, sois joven, valiente, discreto, y te considero digno de ella. No pierdas la esperanza. Tal vez algún día puedas llamarla tuya.

CARLOS Oh, señor, pedid en cambio mi vida.

JACOBO Vuelve a palacio. No olvides cuanto acabo de decirte y guárdalo como el más sagrado secreto.

CARLOS Yo os lo juro, señor.

JACOBO El cielo te guarde. (Vase Carlos.) Noble joven, Dios quiera bendecir el amor que sientes por mi hija y halle contigo la dicha que merece su candor. (Vase.)

ESCENA X

CATALINA y a poco DICKSON.

CATALINA Ya partió. ¡Qué recuerdos ha despertado en mi esta joven! Debo desechar toda esperanza, mañana mismo parto de este país, pero yo necesito verla de nuevo antes de marchar para siempre. Iré a Edimburgo, ¿pero cómo averiguar su domicilio?

DICKSON ¡Calle! Una hermana de Irlanda; tal vez ella pueda informarme. Decidme, buena hermana.

CATALINA ¿Que se os ofrece?
DICKSON ¿Podríais enterarme de cierta joven a quien invadió el contagio y cuyo nombre es Enriqueta?
CATALINA Acaba de marcharse restablecida ya.
DICKSON (¡ Diablo !)
CATALINA ¿Os interesa?
DICKSON Sí, algo.
CATALINA ¿Sabéis acaso dónde habita en Edimburgo?
DICKSON Sí, en el arrabal del norte.
CATALINA Gracias, caballero.
DICKSON (¡ Pero qué veo !)
CATALINA ¿Qué os sucede?
DICKSON (¡ Sí, es ella ! ¡ ella, Catalina !)
CATALINA ¿Se os ofrece algo?
DICKSON No ; nada, nada. (¡ Estamos perdidos !)
CATALINA (¡ Qué extraño ! Parece que se turbó al verme.)
DICKSON Id ; id con Dios.
CATALINA El con vos quede. (En el arrabal del norte.) (Vase.)

ESCENA XI

DICKSON y a poco ROBERTO.

DICKSON ¡ Ella ! ¡ Ella aquí ! No me cabe duda, la he reconocido. ¡ Ah, señor ! (A Roberto.)
ROBERTO ¿Qué sucede? ¿Has averiguado?...
DICKSON Más de lo que quisiera.
ROBERTO ¿Esta joven?
DICKSON Abandonó ya el lazareto restablecida.
ROBERTO ¡ Maldición !
DICKSON Pero ocurre algo más grave.
ROBERTO Habla, pronto, ¿qué ocurre?
DICKSON Acabo de ver...
ROBERTO ¿A quién? Acaba...
DICKSON ¡ A Catalina !
ROBERTO ¡ A Catalina Patrik !
DICKSON Sí, a Catalina Patrik, a quien he recono-

cido a pesar del traje de Hermana de la Caridad.

ROBERTO ¡Ella viva y en Escocia! Afortunadamente la tienen encerrada en el lazareto.

DICKSON Que abandonará mañana dirigiéndose a Edimburgo.

ROBERTO ¡Y allí fácilmente puede ver al rey! Pero qué importa; procuraremos que caiga antes en nuestras manos, y tengo en mi poder la sentencia que le condena.

DICKSON Pero su público castigo podría dar lugar a explicaciones.

ROBERTO No; estamos en tiempo de epidemia, y en tales tiempos se entierra a los cadáveres sin reconocerlos. ¡Caerá en nuestro poder!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante en casa de Enriqueta. En el foro, puerta que da paso al vestíbulo. Puerta lateral en segundo término izquierda y ventana a la derecha. Muebles de la época.

ESCENA PRIMERA

CATALINA y ENRIQUETA. Esta ante un mueble tocador, elegantemente vestida, concluyendo su tocado.

CATALINA ¿Volverá hoy vuestro protector?

ENRIQUET. No lo creo.

CATALINA ¿Por qué os esmeráis, pues, tanto en vuestro tocado?

ENRIQUET. No puedo tener secretos para vos, querida hermana. Aguardo a Carlos, a quien puedo ya recibir libremente, pues mi protector me ha notificado que seré su esposa.

CATALINA ¿Será digno de vuestro cariño?

ENRIQUET. ¡Si le conocierais! No hay como él otro tan noble y generoso. Dentro dos meses se verificará nuestra boda. Quiero que la presenciéis.

CATALINA ¡Sabe el cielo dónde estaré yo, ni qué será de mí en aquella fecha!

ENRIQUET. Recordad que ayer me decíais que quizá no volveríamos a vernos en la vida, y a las pocas horas estabais a mi lado nuevamente. Además, mi protector me regalará una casa de campo, y si vos quisiérais, podríais permanecer conmigo, reem-

plazando a la buena mujer que cuidó de mi infancia, sirviéndome de madre hasta que murió hace poco.

CATALINA Es muy hermosa tal oferta, pero no puedo, no puedo, hija mía. Decidme y perdonad mi indiscreción: ¿Vuestro protector no os ha dicho jamás las causas que le obligan a portarse con tal misterio?

ENRIQUET. Algunas veces se lo pregunté y me contestó que a ello le obligaba el juramento hecho a mi padre de que me amaría como si fuese su hija.

CATALINA Lo cual ha cumplido.

ENRIQUET. Y creedme, yo correspondo a sus favores queriéndole como a un padre. (Llaman.) Será Carlos, mi prometido. (Va a abrir y aparece Roberto.) No, no es él.

ESCENA II

Dichas y el DUQUE ROBERTO.

ROBERTO (Ella es.) Señorita, creo me será permitido penetrar en vuestra casa.

ENRIQUET. Como no, si el duque Roberto la honra con su presencia.

ROBERTO A deciros verdad, no debéis agradecerme la visita, pues ella tiene por objeto vuestra huéspeda, la digna y virtuosa Hermana de la Caridad.

CATALINA ¿En qué puede interesaros mi humilde persona, milord?

ENRIQUET. Me retiro, pues.

ROBERTO No, podéis permanecer aquí.

CATALINA (¡No sé porque tiemblo!)

ROBERTO Se han mandado acuñar unas medallas que prueban la gratitud que Escocia siente por el heroico comportamiento de las Hermanas de la Caridad, y yo vengo a ofrecer una de ellas, en nombre de la nación, a la que se alberga en vuestra casa.

Aceptadla, pues, hermana, como tributo a la admiración que sentimos por vuestras virtudes. (Se la da.)

ENRIQUET. Es verdad; bien merece esta pequeña recompensa.

CATALINA Inmerecida, pues que no hicimos otra cosa que cumplir nuestro deber. La acepto, como precioso recuerdo del rey Jacobo IV, cuyo busto está grabado en ella, junto con el nombre de su patria que tal honra me concede.

ENRIQUET. Dichoso vos, milord, que tenéis atribuciones para premiar la virtud.

ROBERTO Os engañáis, pues a tales atribuciones van unidas otras también, que pesan en mi como una losa de plomo. Al mismo tiempo que recompenso, me veo a veces en el duro trance, como juez de todo crimen, de aplicar los castigos correspondientes, y eso amarga mi existencia. Sabedlo; yo soy el encargado de hacer cumplir una sentencia que pesa sobre la cabeza de una desgraciada.

ENRIQUET. ¿Qué crimen fué el suyo?

ROBERTO Oídme y estremeceos. Hace veinte años, el que es hoy Jacobo IV, rey de Escocia, ignorando el origen de su cuna, y con el nombre de Enrique, contrajo matrimonio con una hija del pueblo llamada Catalina.

ENRIQUET. (¡Dios mío!)

CATALINA (¡Me habrá reconocido!)

ROBERTO ¿Qué tenéis?

ENRIQUET. Nada, me interesa el relato.

ROBERTO Al tener conocimiento Jacobo III de la existencia de un hijo, procuró hallarle, dándole a conocer su noble estirpe, rogándole al mismo tiempo que anulara su matrimonio. Llamó la ambición en el corazón de Catalina, y a fin de que el padre de su marido no fuera un estorbo a sus

pretensiones, hízole asesinar alevosamente.

CATALINA (¡ Oh, Dios mío ! ¡ Desgraciada de mí !)

ROBERTO (¡ Es ella !) Pero al morir Jacobo III dejó de su puño y letra una carta declarando el nombre de la autora de su asesinato. Aquella infame mujer, desapareció, y se ha tenido noticia de que, creyendo en su impunidad, no tan sólo ha vuelto a Escocia, sino que se halla en Edimburgo. Como a primer Ministro, pues, me veo en el duro trance de reducirla a prisión y mandar ejecutar la sentencia. ¿Qué os sucede, hermana?

CATALINA Nada, me compadezco de aquella desdichada.

ROBERTO ¡ Ya veis en qué circunstancias ! Después que una peste ha asolado el país, cuando debía reinar la tranquilidad, las gentes contemplarán el espectáculo de levantar un cadalso. Deseando, por mi parte, evitar que tan tristes recuerdos venga nuevamente a turbar la calma de los espíritus, he reunido recretamente el Consejo, y ya que no puedo salvar a Catalina, evitemos, a lo menos, un día de luto a nuestros compatriotas. A tal fin, yo me dirigiré a esta desgraciada diciéndole : Se levanta para ti el cadalso, pero vengo a ofrecerte los medios que evitarán la ejecución. Aquí tienes un activo veneno, tómalo y diremos que no has podido evitarte del contagio. Ahora debo ser yo quien me arme del necesario valor para ofrecérselo.

ENRIQUET. ¡ Es espantoso !

CATALINA (No pudiendo contenerse se deja caer en una silla.) ¡ Ah !

ENRIQUET. ¿Hermana, qué os sucede? ¿Es que el relato os ha emocionado?

CATALINA (¡ Dios eterno !) No, no es nada.

ROBERTO Señorita, yo os suplico que me dejéis algunos momentos a solas con ella.

ENRIQUET. Como os parezca. Pero me duele dejarla en tal estado.

ROBERTO Nada temáis, os respondo de ella.

CATALINA Ve, ve, hija mía. (Vase Enriqueta.)

ESCENA III

CATALINA y ROBERTO.

ROBERTO Catalina Patrik, he aquí el tósigo que os evitará la vergüenza del cadalso. Tomadle, y haremos creer que la peste se ha cebado en vos, como en otros tantos.

CATALINA ¡ Milord, yo os juro que soy inocente !

ROBERTO No hay medio de revocar la sentencia.

CATALINA ¡ Un día, una hora sólo !

ROBERTO Es inútil. Los esbirros aguardan. Ellos se encargarán de cumplir la sentencia.

CATALINA ¡ Oh, no ! ¡ deteneos !

ROBERTO Bebed. (Entregándole un pomo.)

CATALINA ¡ No puedo !...

ROBERTO Está bien, nada me importa, que corra vuestra sangre, vos lo habéis querido. (Va a dirigirse a la puerta.)

CATALINA ¡ Oh, no ! ¡ Dadme ! ¡ Ya bebí ! (Lo hace.)

ROBERTO Ahora oidme por última vez : no intentéis sustraeros a los efectos del veneno, pues no lograréis otra cosa que prolongar vuestro martirio. Cuando salga vuestro cadáver de esta casa, el verdugo estará en la calle con su cuchilla. Dadle gracias al cielo que ha permitido que tu castigo haya sido secreto. Así descansará tu cuerpo junto a tus hermanos, y ahora ya ; adiós, Catalina, reza por tu alma. (Vase.)

ESCENA IV

CATALINA, ENRIQUETA y luego CARLOS.

CATALINA ¡Dios mío! ¡Cómo así me abandonas tú que sabes mi inocencia!

ENRIQUET. Hermana mía, decidme, ¿qué os ha dicho el duque? Perdonad mi indiscreción, pero quisiera saberlo.

CATALINA Hija mía, no puedo repetíroslo.

ENRIQUET. ¡Oh, por Dios! Vuestras lágrimas entristecen este día, que es el más feliz de mi vida.

CARLOS ¡Enriqueta! (Por la derecha.)

ENRIQUET. ¡Ah, Carlos!

CARLOS Oye, temo llegar tarde. El duque, mi padre, acaba de salir de aquí, ¿no es cierto?

ENRIQUET. Sí, en este momento.

CARLOS Dime, ¿te ha ofrecido probar acaso alguna bebida?

ENRIQUET. No.

CARLOS ¡Oh, Dios mío! todo lo temo de él. Ha jurado que no llegaré a unirme contigo y de todo lo creo capaz. Oye; anoche iba a entrar en su cuarto, cuando oí pronunciar estas palabras: «Ya que no halló la muerte en el lazareto, la hallará fuera de él.»

ENRIQUET. ¿Es posible?

CARLOS Oíle pronunciar tu nombre; se habló de venenos, de muerte oculta, y temiendo que llevara a cabo sus designios, me he proporcionado un contraveneno.

ENRIQUET. No, Carlos, el veneno a que se referían está destinado a librar de la vergüenza de una ejecución pública a una desgraciada que está en Edimburgo, y que hizo en otro tiempo asesinar al padre de nuestro rey Jacobo IV.

CARLOS ¿Catalina Patrik? (¡Desgraciada!) ¡Oh debemos impedirlo a toda costa! ¡Si tu supieras!

ENRIQUET. ¿Qué? ¡Acaba!
CARLOS Que Catalina Patrik es...
ENRIQUET. ¿Quién? ¡me estremeces!
CARLOS ¡Tu madre!
ENRIQUET. ¡Gran Dios!
CATALINA (¡Ella mi hija!) ¿Queréis salvarla?
ENRIQUET. Oh, sí.
CATALINA Es tarde. Bebí el veneno.
ENRIQUET. ¡Madre! ¡Madre mía!
CARLOS ¡Ella!
CATALINA Soy inocente, te lo juro. Por eso permite Dios que pueda abrazarte en mi postrer instante.
ENRIQUET. ¡Ah, no! ¡madre mía! ¡yo no quiero que mueras!
CARLOS Tengo en mi poder el contraveneno.
CATALINA ¿Queréis entregarme al verdugo? Oh, no, abandonadme a mi destino; yo moriré bendiciéndoos a los dos. Allí, en aquella estancia, hay un crucifijo, dejad que exhale mi último suspiro a sus pies. Ven, Enriqueta, mis fuerzas se debilitan.
ENRIQUET. ¡Yo quiero que vivas, madre mía! ¡Madre mía! (Vanse las dos, Enriqueta toma el contraveneno.)

ESCENA V

CARLOS, luego ENRIQUETA.

CARLOS ¡Justo Dios! ¡y cómo puedes permitir que una inocente expíe un crimen que no ha cometido! ¡Qué horrible misterio! ¡Cómo penetrarle a fin de evitar que esta infeliz expire en brazos de su hija! (Sale Enriqueta.) ¿Dejó ya de existir?
ENRIQUET. ¡Oh, no! Vive, ¿cómo podía dejarla expirar en mis brazos?
CARLOS ¿Cómo lo lograste?
ENRIQUET. Aprovechando una de sus contracciones hícele beber el contraveneno. Calmóse al

momento y se ha dejado conducir dócilmente hasta mi cama, donde queda como en profundo letargo.

CARLOS Si pudiéramos ahora sacarla de aquí sigilosamente, sin que nadie se apercibiera.

ENRIQUET. (Va a la ventana.) ¡Ah! ya llegan los mozos del lazareto para llevársela.

CARLOS ¡Qué hacer, Dios mío! (Mira por la ventana.) ¡Y junto a ellos los esbirros del tribunal!

ENRIQUET. Ya están aquí los empleados del lazareto.

ESCENA VI

Dichos, RALPH, TOMÁS, en traje de mozo de lazareto, junto con OTROS.

RALPH ¿Dónde está la apestada?

CARLOS Aquí en este cuarto, pero esperad un momento. Dejad que esta joven ore un instante junto a su cadáver. Aguardad allí. (Foro izquierda.)

RALPH Pero no tardéis mucho. (Vase Enriqueta.)

CARLOS (Si pudiera convencer a uno de ellos siquiera.)

RALPH Allí aguardamos. (Vanse.)

CARLOS Oidme, buen hombre... (A Tomás.)

ESCENA VII

CARLOS y TOMÁS.

TOMÁS Calle, sí; no me engaño. Yo os recuerdo. Vos fuisteis quien me dió el pase para entrar en el lazareto.

CARLOS Es verdad, os reconozco también. La providencia os envía. Necesito de vos.

TOMÁS Ya os lo dije que podíais disponer, como no fuera que me obligarais a cometer un crimen.

CARLOS Todo lo contrario. Oidme. Esta pobre mu-

jer, a quien venís a buscar, sólo está muerta en apariencia.

TOMÁS ¿Y por qué queréis que pase por muerta?

CARLOS Para salvarla de las manos del verdugo.

TOMÁS Reflexionad lo que me proponéis.

CARLOS Es que es inocente.

TOMÁS ¿Por qué no lo prueba?

CARLOS Porque está condenada por contumaz y no la darían tiempo ni de hablar siquiera.

TOMÁS ¿Y de qué la acusan?

CARLOS De haber asesinado hace veinte años al rey Jacobo III en los alrededores de Edimburgo, a donde llegó disfrazado de tundidor de lana.

TOMÁS ¿Qué? ¿El tundidor aquel era el rey Jacobo III?

CARLOS El mismo.

TOMÁS ¿El que murió en casa de Catalina Patrik?

CARLOS ¿Qué? ¿Acaso sabéis?

TOMÁS ¡Divina providencia! Yo recogí su último suspiro, murió en mis brazos. Es una terrible historia a la cual va enlazada la mía. Pero oidme, ¿es a Catalina a quien se acusa del asesinato?

CARLOS ¿La conocéis?

TOMÁS ¿Sí la conozco?... ¿Dónde, dónde está?

CARLOS ¡Aquí, es la que pretendo salvar!...

TOMÁS ¡Oh, pronto! ¡pronto! ¡la salvaremos! Sí, yo os lo juro.

CARLOS ¡Gracias, Dios mío! (Vanse izquierda.)

ESCENA VIII

ROBERTO, DICKSON, luego ENRIQUETA, TOMÁS y CARLOS.

ROBERTO (Por el foro.) Oye, Dickson, ¿tienes seguridad en el veneno?

RICKSON Absoluta, nada temáis.

ROBERTO Silencio. (Viendo a Enriqueta.)

ENRIQUET. (Carlos ha dicho que la salvaría.) Sois vos, señor...

ROBERTO Yo mismo. Acaban de decirme en este instante que la virtuosa hermana ha fallecido víctima del contagio. (Bajo.) Disimulad.

ENRIQUET. Sí, milord; desgraciadamente no hemos podido salvarla. (Los mozos del lazareto cruzan el foro ocultando el ataúd.)

ROBERTO (¡Ah, por fin!) Ven conmigo ahora, Dickson, y notificaremos al rey de Escocia del modo que se ha cumplido la sentencia. (Vanse.)

ENRIQUET. ¡Dios mío, y se la llevan viva en el ataúd! ¡Ah, no, yo no puedo consentirlo! ¡Madre mía!... (Se dirige al foro y sale Tomás a su encuentro.)

TOMÁS Silencio, señorita, o la pierde usted para siempre. Yo os juro salvarla.

ENRIQUET. ¿Vos?

TOMÁS Nada temáis. (Vase.)

ENRIQUET. Pero...

CARLOS (Atajándole el paso.) Ni una palabra, Enriqueta.

ENRIQUET. ¡Dios clemente, apiádate de ella!

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Pórtico a la entrada de la capilla del cementerio. Entrada de la capilla a la izquierda. Un banco de piedra a la derecha y otro a la izquierda.

ESCENA PRIMERA

RALPH y ENTERRADOR. DICKSON aparece por último término derecha.

RALPH ¿Eres tú, Dickson? Te aguardaba.

DICKSON ¿Tienes algo nuevo que notificarme?

RALPH Algo nuevo, y otro algo que sospecho.

DICKSON A prisa, despacha.

RALPH Uno de los mozos del lazareto llegó hasta mí, ofreciéndome una respetable cantidad si le ayudaba para hacer desaparecer el ataúd de la hermana de la caridad.

DICKSON ¿Y has accedido a ello?

RALPH Tal vez hubiera caído en la tentación a no saber que aquella mujer es Catalina Patrik.

DICKSON ¿Y qué interés puede tener aquel hombre en ello?

RALPH Aquí empiezan mis sospechas.

DICKSON ¿Cuáles son?

RALPH Si ese hombre podría ser su hermano.

DICKSON Sea lo que fuere el Duque vendrá en persona para asistir al entierro, y al mismo tiempo ha notificado al rey la ejecución de la sentencia. De modo que sería inútil toda tentativa.

RALPH Yo he creído que debía comunicarte lo acaecido.

DICKSON Y el Duque recompensará tu celo.

RALPH Pero no está todo terminado aún. Si realmente se confirmaran mis sospechas, y estuviera nuevamente entre nosotros el hermano de Catalina Patrik, no fuera extraño que tratara de ver al rey, y sabe Dios si al expirar su padre reveló el nombre del capitán Roberto.

DICKSON Procura no perderle de vista y espiar sus pasos.

RALPH Descuida; ven por aquí, que daremos con el acompañamiento. (Vanse por el pórtigo.)

ESCENA II

CARLOS y ENRIQUETA.

ENRIQUET. Se ha perdido ya la última esperanza de salvación. (Con desesperación.)

CARLOS Por el cielo, querida Enriqueta, tal vez Dios pueda hacer un milagro; yo os lo suplico, no así os entreguéis a la desesperación.

ENRIQUET. ¿Es que acaso puedo hacer otra cosa? Confiada en las palabras del hermano de mi madre, que me prometió salvarla, he permanecido en la capilla ahogando mis sollozos, y he dominado mi corazón por la ansiedad. Pero la presencia del Duque en la ceremonia, que ni por un instante se ha separado del ataúd de mi madre,

ha imposibilitado toda tentativa, y ahora ya, dentro breves instantes, va a ser enterrada en la sepultura.

CARLOS No desconfieis.

ENRIQUET. ¡Cómo tratáis de infundirme valor en vano. ¡Enterrada viva! ¡Oh, Dios mío; qué cruel suplicio! Madre mía, ¿en qué pudiste ofender al cielo para que te destine a fin tan desastroso?

CARLOS No sucederá tal cosa. ¡Sería horrible! En último trance, yo seré quien declare la verdad, si llega este caso. Con mis propias manos la arrancaré de las de sus enterradores.

ENRIQUET. ¡Oh, sí! sí, Carlos, es preciso; mi madre nó puede tener la muerte que le espera.

CARLOS Y será en nombre del rey que voy a salvarla. Esperad un momento. (Mirando al fondo.) ¡Oh! ¿qué veo? (Viendo a Catalina que se apoya en Tomás.) Es ella, no me cabe duda.

ENRIQUET. ¿Qué estáis diciendo?

CARLOS ¡Vuestra madre!

ESCENA III

Dichos, CATALINA y TOMÁS.

ENRIQUET. ¡Ah, madre, madre mía! (Arrojándose en sus brazos.)

CATALINA ¡Hija de mi corazón! ¡Enriqueta!

TOMÁS He cumplido mi palabra.

ENRIQUET. ¡Dios mío, no me la arrebatéis nuevamente!

CARLOS ¿Y el Duque?

TOMÁS Cree estar presenciando en este momento el entierro de Catalina.

CARLOS ¿Pero cómo lo habéis logrado?

TOMÁS Muy sencillo. Así que ví penetrar el Duque en la capilla acudió a mi cerebro una idea salvadora. Ya sabéis que el ataúd de Catalina se distinguía de los demás por haber atado a él con una cinta la medalla que le fué concedida.

CARLOS Sí, era la señal que imposibilitaba todo cambio.

TOMÁS Os engañáis; casualmente esto favoreció el cambio.

CARLOS No comprendo.

TOMÁS Dejad que llegue al fin. En cuanto el duque Roberto con la comitiva traspasó los umbrales, dirigiéndose a posternarse ante el altar, aprovechando un momento de descuido puse en práctica mi plan, que no era otro que cambiar la cinta y la medalla de la caja, adornando con aquel distintivo la caja del lado. Ya véis que ha sido empresa fácil; y mientras el Duque presenciaba el entierro del cadáver encerrado en el ataúd que puse la medalla, creyendo que era el de Catalina, yo, ayudado de mi compañero, a quien gané de antemano, conducí fuera las paredes del fatal recinto el ataúd en que permanecía viva mi hermana.

CATALINA Te debo la vida, hermano mío.

ENRIQUET. Y yo la mía, pues no habría podido sobrevivirte.

CARLOS Dadme esta mano.

TOMÁS Lo que debemos procurar es salir de aquí cuanto antes.

CARLOS Entrad un momento en la capilla, que permanece desierta, mientras yo voy a explorar un oculto sendero por el cual no seremos descubiertos por nadie.

ENRIQUET. No tardes.

CARLOS No tardaré.

TOMÁS Ya nada debes temer, hermana mía. Así como te he devuelto a los brazos de tu

hija, mañana probaré ante el rey tu inocencia.

CATALINA ¿Cómo vas a lograrlo?

TOMÁS Descuida. Tu hermano conserva una prueba con la cual señalará al culpable, y sabe Dios si así como él te ha devuelto tu hija, me reserva a mí la dicha de recobrar al mío, a mi pobre Jhon, al cual tanto he llorado.

ENRIQUET. (Mirando a la derecha.) Mirad, hacia aquí se dirigen tres embozados.

TOMÁS Entrad en la capilla por breves momentos.

ENRIQUET. ¡Dios mío!

TOMÁS Pronto, pronto; no es prudente que permanezcáis aquí.

ENRIQUET. Vamos, madre mía.

CATALINA (¿Qué nuevo peligro me amenaza?) Entremos, hija mía. (Entran en la capilla.)

ESCENA IV

TOMÁS, DICKSON y dos EMBOZADOS.

TOMÁS ¿Con qué objeto dirigirán aquí sus pasos estas sombras siniestras? (Procura ocultar el rostro.)

DICKSON (Observándole.) No intentéis sustraeros a nuestras miradas, Tomás Patrik, os he reconocido.

TOMÁS ¿Sabéis mi nombre?

DICKSON Y algo más que a vos y a vuestro hijo interesa.

TOMÁS ¡Ah, mi hijo! ¡Oh, hablad! ¿Sabéis que me fué robado?

DICKSON Sí, por orden de un poderoso señor que ha cumplido su palabra, así como cumpliste tú, alejándote y callando. Tu hijo tiene veinte y dos años, es noble y apues-

to, y tiene ante sí un brillante porvenir.

TOMÁS ¿Con qué mi hijo vive?

DICKSON Sí, vive. Pero te advierto que continúa en poder de los mismos que te lo robaron, y lo mismo que entonces, vengo para anunciarte que si revelas lo más mínimo de cuanto viste y oiste aquella noche, tu hijo perecerá.

TOMÁS ¡Asesinos!

DICKSON Solamente mandatarios de los que cumplen lo ofrecido.

TOMÁS ¡Qué he de hacer, Dios mío!

DICKSON Seguirnos. Un carruaje nos aguarda a pocos pasos de aquí; con él te llevaremos a sitio seguro. Si acaso te niegas, no llegará la noche sin que la gente rodee junto a la orilla del río el cadáver de un hermoso y noble mancebo. Tú le salvas o condenas: elige.

TOMÁS ¿Y quién me prueba que es cierto cuánto acabáis de decirme? ¿Quién me asegura que los infames que me lo robaron han conservado su vida?

DICKSON El interés que tenían en conservarle, a fin de tenerle en rehenes, y así poderte obligar a obedecerles.

TOMÁS ¿Y acaso no sabrá defenderse de sus viles asesinos?

DICKSON No lo creas; morirá, como ha muerto tu hermana Catalina.

TOMÁS (¿Si pretenderán tenderme un lazo?) Ea, no os obedezco; me quedo. Así como así, tampoco estoy seguro de la existencia de mi hijo.

DICKSON Será tarde cuando te convenzas ante su cadáver. Habrás tronchado la flor de su vida al joven más apuesto y leal de Escocia.

TOMÁS ¡Ah, no aguardad. (Yo no puedo de este modo exponer la vida de mi hijo y la de mi hermana. Tal vez, pues, me espiarán

mis pasos y van a descubrirla también. ¡Dios mío, que terrible alterantiva!)

DICKSON ¿Qué decides?

TOMÁS ¿Y a dónde se me conduce?

DICKSON Ya lo verás.

TOMÁS Pero...

DICKSON Ved que con vuestras vacilaciones os exponéis a que los asesinos de vuestro hijo cumplan su cometido.

TOMÁS (¡Vela por él, Dios mío, y por mi pobre hermana!) (Después de vacilar.) Vamos.

DICKSON Pasad delante. (Vanse.)

ESCENA V

CATALINA y ENRIQUETA, que salen de la capilla. Luego CARLOS y JACOBO.

ENRIQUET. Y les ha seguido, dejándonos abandonadas.

CATALINA Sí, pero la que creen muerta vive y es dueña de sus secretos.

ENRIQUET. Y diremos al rey que vuestro hermano Tomás tiene las pruebas de vuestra inocencia. ¡Ah! aquí llega Carlos, pero no viene solo... Sí, no me engaño, mi protector le acompaña.

CARLOS (A Jacobo.) Vedlas, señor, aquí están.

CATALINA ¡Enrique! (Reconociendo a Jacobo.)

JACOBO ¡Tú, Catalina!

ENRIQUET. ¡Cielos! ¡El rey!

CATALINA Sí, el rey tu padre, Enriqueta.

JACOBO ¡Hija!

ENRIQUET. ¡Ah, padre mío!

CARLOS Enriqueta, dejémosles algunos momentos. Aguardaremos en la capilla. Nada debemos temer ahora por tu madre.

ENRIQUET. Es cierto. Vamos, Carlos. (Vanse.)

ESCENA VI

CATALINA y JACOBO.

JACOBO ¡Ah, Catalina!

CATALINA Sí, vuestra esposa, a quien dejasteis sentenciar injustamente, y a quien un milagro ha conservado la vida.

JACOBO Perdona; una carta escrita por mi padre te acusaba.

CATALINA ¡Una carta falsa!

JACOBO ¿Por qué no venías a defenderte?

CATALINA Porque era inútil; los verdaderos asesinos de vuestro padre habían decretado igualmente mi muerte.

JACOBO Yo jamás te creí culpable. Aún en el mismo día que se pronunció la sentencia procuré hallarte en vano.

CATALINA Sabedlo: hasta mi vuelta de Escocia, yo ignoraba la condena que pesaba sobre mí. Al enterarme, os he escrito tres veces, sin haber recibido constestación vuestra.

JACOBO Alguien interesado en que no llegaran hasta mí debió interrumpirlas.

CATALINA Y de este modo lograron que al ver mi silencio en defenderme, vos me creyerais culpable.

JACOBO Pero contra vuestro hermano Tomás no pesaba sentencia alguna.

CATALINA Mi hermano, como yo, ausente durante veinte años, ignoraba mi condena. Que a saberlo, os hubiera presentado las pruebas de mi inocencia.

JACOBO ¿Y dónde está?

CATALINA ¿Dónde está, decís? En poder de los asesinos de vuestro padre. Oidme: en aquella terrible noche, desapareció también

de la posada su pequeño Jhon, y cuando vuestro padre acababa de expirar, le fué arrojada a sus pies una carta, diciéndole que los asesinos le habían robado el hijo, y que si no partía inmediatamente a extrañas tierras, y si algún día revelaba algo de cuanto había visto u oído, su hijo Jhon dejaría de existir. Aquí tenéis explicado porque mi hermano, atento a la vida de su querido hijo, ha permanecido veinte años lejos de Escocia.

JACOBO ¡Qué trama tan infernal! Lo que importa, ante todo, es salvarle, luego caerá mi venganza.

CATALINA No pronuncieis aún tal palabra. Si os oyeran, tal vez causariais con ello su muerte y la de su hijo. Hace poco se ha visto obligado a seguirles nuevamente, pues le han renovado la amenaza.

JACOBO Tal vez los mismos fueron los que aconsejaron al duque Roberto que te proporcionase el veneno para evitar la vergüenza del cadalso. Pero yo le haré ver cuán terrible fué su engaño, y no cejará hasta dar con el culpable.

CATALINA Al duque Roberto le creo mi mayor enemigo.

JACOBO Tal vez al creerte culpable, pero al convencerse de tu inocencia será el más acérrimo defensor. Vamos a reunirnos con tu hija, y saldremos de este sitio en cuanto obscurezca, a fin de no ser notados. Seca ya tus lágrimas, Catalina.

CATALINA Estas lágrimas, señor, son las que durante veinte años conservé, sin que pudieran asomar a mis ojos; son lágrimas consoladoras. (Entran en la capilla.)

ESCENA VII

ROBERTO y luego JACOBO

ROBERTO Aquí, según me ha indicado Dickson, debo aguardarle. Patrik ha partido nuevamente con la prueba que podría perderme, ante el temor de que fuera sacrificado su hijo. Puedo estar tranquilo por cuanto a él se refiere. Sin embargo, podría haber hablado con alguno de sus compañeros en el lazareto, y es lo que hay que averiguar a toda costa. Catalina reposando el sueño eterno, y lejos nuevamente su hermano, nada debo temer.

JACOBO (Por la capilla.) No os creía en tal sitio, milord.

ROBERTO (¡El rey!) En cambio yo comprendo perfectamente las razones que a él os traen, señor. El dolor aquí os conduce, a fin de llorar por vuestra antigua compañera, maldiciendo a la parricida.

JACOBO Siento deciros, milord, que ha sido el castigo injusto, pues habéis ejecutado a una inocente.

ROBERTO ¿Qué decis, señor? (¿Si habrá descubierto?...)

JACOBO Y no hemos sido otra cosa que juguetes de los asesinos de mi padre.

ROBERTO No comprendo.

JACOBO Escuchadme. Catalina tiene un hermano.

ROBERTO ¿Qué tiene un hermano?

JACOBO El cual posee la prueba de su inocencia.

ROBERTO ¿Dónde está, pues?

JACOBO En vos confío para hallarle.

ROBERTO Contad conmigo. (¡Tú estás fresco!)

JACOBO Sabed que los viles asesinos, no hace mucho se han apoderado de su persona,

amenazándole con asesinar a su hijo si no les obedecía.

ROBERTO (¿Cómo lo habrá sabido?)

JACOBO Ya veis, pues, que no están lejos de nosotros los culpables.

ROBERTO ¿Y vos, señor, estáis convencido de la certeza de cuánto os han referido?

JACOBO Lo juzgaréis vos mismo cuando os presente la persona que ha sido. Aguardad un momento. (Entra en la capilla.)

ROBERTO Os aguardo impaciente, señor. ¿Quién podrá ser? ¡Tiemblo a pesar mío! ¿Se habrá congregado contra mí todo el infierno burlando mis proyectos? ¿Quién se acerca?

ESCENA VIII

ROBERTO y DICKSON.

ROBERTO ¡Ah, eres tú, Dickson! Dime: ¿le dejaste en sitio seguro? ¿Observaste si alguien te seguía?

DICKSON Señor, ¿a qué viene el azoramiento que mostráis?

ROBERTO Oyeme: el rey sabe que Catalina es inocente; que su hermano posee una prueba, y que el verdadero asesino se halla en Edimburgo.

DICKSON ¿Quién os ha notificado tal cosa?

ROBERTO El mismo rey hace un instante.

DICKSON En tal caso es segura nuestra perdición.

ROBERTO Afortunadamente tenemos a Patrik en nuestro poder, Catalina no existe, y soy yo quien posee aún por entero la confianza del rey.

DICKSON ¿Qué hacemos, pues?

ROBERTO Aguarda mis órdenes en palacio... El rey vuelve. Aléjate.

DICKSON En palacio os aguardo. (Vase.)

ROBERTO Yo he de saber quién ha podido enterar al rey.

ESCENA IX

ROBERTO, JOCOBO, que trae de la mano a CATALINA, CARLOS y ENRIQUETA.

ROBERTO (Se dirige a su encuentro y ve y Catalina. ¡ Ella ! ¡ Justo cielo !

JACOBO Ya lo véis, milord ; el cielo no ha permitido que muriera inocente, enmendando con ello los errores de vuestra justicia. Duque Roberto, el rey os otorga el honor de que ofrezcáis el brazo a la que mañana será rehabilitada.

ROBERTO (Abstraído mirando a Catalina.) (¡ Ella vive !)

JACOBO En marcha, duque Roberto. (Roberto mira con terror a Catalina ; al fin le ofrece el brazo.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Sala en el palacio de Edimburgo. Puerta al foro, que da a una amplia galería. Otra a derecha e izquierda, primer y segundo términos.

ESCENA PRIMERA

DICKSON, entrando sigilosamente por el foro. A poco ROBERTO.

DICKSON He ahí una noche que en nada se distingue de las demás, y que sin embargo puede cambiar en un minuto los destinos de varios hombres. Afortunadamente el rey tiene por consejero al Duque, que es precisamente el interesado en que no se descorra el velo. ¡Buen consejero escogió! Su vida me responde de la mía, y no sería posible perderme sin que él siguiera a mi muerte. Aquí llega. (Al verle.) Mucho tardasteis, milord.

ROBERTO (Aparece por la izquierda.) No me fué posible separarme de su majestad hasta ahora.

DICKSON ¿Y qué ocurre, decid?

ROBERTO Se han circulado órdenes a todos los condes y altos dignatarios para que se presenten hoy, a fin de que tenga lugar en su presencia la rehabilitación de Catalina.

DICKSON ¡Tiemblo a pesar mío!

ROBERTO Desecha los temores. ¿Qué nos importa a nosotros tal rehabilitación, si la prueba de su inocencia solo la posee su hermano, que está en nuestro poder?

DICKSON Pero no consideráis que el rey tendrá empeño en hallarle.

ROBERTO ¿Acaso no podemos nosotros hacer que al llegar los emisarios se encuentren con su cadáver? El hermano de Catalina debe morir hoy mismo en su encierro.

DICKSON ¿Y no pensáis también que el rey analizará una a una la vida de todos los nobles que le rodean?

ROBERTO Pero yo habré sabido infundirle sospechas.

DICKSON ¿Sobre quién?

ROBERTO Sobre el conde Donglars, cuyas exequias se celebran hoy. Tú no ignoras que era enemigo de su padre, y como muerto no puede defenderse. Oye, ¿no volvió Carlos?

DICKSON (Viéndole.) Aquí llega, milord.

ESCENA II

Dichos, CARLOS; luego TOMÁS.

ROBERTO Hijo mío, en este momento peguntaba. Dí: ¿de dónde vienes?

CARLOS Padre mío, excusad mi tardanza; vengo de salvar a un hombre.

ROBERTO ¿A quién?

CARLOS Vais a saberlo. ¡Vedle! (Carlos hace salir a Tomás; todos quedan horrorizados.)

ROBERTO
DICKSON } ¡Patrik!

CARLOS (A Patrik.) No os inquieteis. Estais en la

casa, y ante el primer ministro, donde no pueden llegar vuestros enemigos.

ROBERTO Decidme: ¿dónde os tenían vuestros enemigos?

CARLOS En las prisiones del Preboste.

ROBERTO ¿Y cómo le hallaste allí?

CARLOS Porque iba previsto de una orden del rey a fin de que se me facilitara el acceso a todas las cárceles y prisiones del reino.

ROBERTO ¿Y has descubierto quién pudo dar la orden de su encierro?

CARLOS Lo único que se me ha ocurrido ha sido ponerle en libertad.

ROBERTO Hiciste bien.

CARLOS Ahora permitidme que vaya a dar cuenta a Su Majestad del feliz éxito de mis pesquisas. (Vase.)

ESCENA III

ROBERTO, DICKSON y TOMÁS.

ROBERTO Aguardad unos momentos, pues quiero ser yo mismo quien os presente al rey.

TOMÁS Como gustéis, milord.

DICKSON (Bajo a Roberto.) ¿Qué os proponéis?

ROBERTO Ganar tiempo, a fin de que no llegue a presencia de Su Majestad; luego ya veremos. (Alto a Tomás.) No tardaré. (Vase.)

ESCENA IV

DICKSON y TOMÁS.

TOMÁS Al fin voy a verme con el rey de Escocia.

DICKSON (Eso lo veremos.)

TOMÁS Os confieso que el pecho me late de tal modo, que no sé si va a serme posible dominar mi emoción.

DICKSON ¿Tanto os interesa?

TOMÁS Es que vos no comprendéis todo el alcance que tiene tal entrevista. Ignoráis que Jacobo IV era mi hermano hace veinte años, que habitábamos bajo un mismo techo, que era uno solo nuestro pensamiento y nuestra esperanza, al igual que nuestra bolsa. Que al levantarnos diariamente nos dábamos la mano, diciéndonos: «Buenos días, hermano.»

ESCENA V

Dichos y JACOBO, que se ha acercado a Tomás sin que se apercibiera, y le ofrece la mano.

JACOBO Buenos días, hermano.

TOMÁS ¡Enrique! ...¡El rey!... ¡Señor!...

JACOBO Para ti tu hermano. Déjanos, Dickson.

DICKSON (Inclinándose y saliendo.) (Es preciso dar aviso al Duque.)

JACOBO Dime, ¿has olvidado a tu hermano?

TOMÁS Señor, yo...

JACOBO ¿Por qué no me llamas Enrique?

TOMÁS No me atrevo.

JACOBO ¿Acaso, como en aquellos tiempos, no te ofrezco mi mano para probarte que soy el mismo? ¡Cuánto habéis sufrido tú y mi pobre Catalina! ¡Deja que te abrace!

TOMÁS ¡Ah, hermano mío!

JACOBO Dime, ¿tienes la prueba de su inocencia?

TOMÁS ¡Oh, sí, indubitable!

ESCENA VI

Dichos y ROBERTO.

ROBERTO (¡Juntos los dos!) (Desde la puerta.)

JACOBO ¿Sois vos, milord? Acercaos; ved al hermano de Catalina que nos trae la prueba de su inocencia.

ROBERTO ¿Qué prueba es esa?

JACOBO Habla.

TOMÁS Vais a saberla. ¿Os acordáis de la última entrevista que tuve con Enrique?

JACOBO Sí, me acuerdo.

TOMÁS Una hora después regresaba a nuestra casa, cuando en el sendero inmediato oí los gritos de auxilio de un hombre que en vano trataba de defenderse de sus asesinos. Yo iba armado con mi hacha, y con ella produje una herida a uno de los asesinos que le dejó fuera de combate. Hice entrar a mi casa a la víctima de aquellos infames, a quien yo creía tundidor de lana, sin sospechar que aquel hombre que en mis brazos exhaló el último suspiro fuese Jacobo III. Disponíame a salir en busca de los malvados, cuando a mis pies vino a caer una carta atada a una piedra, en la cual se me prevenía que los infames me habían robado a mi pequeño Jhon, a quien yo había dejado en la posada, y que si no me embarcaba el día siguiente para lejanos países y no procuraba olvidar lo visto y oído por mí aquella noche, mi hijo sería inmolado, y que si en cambio les obedecía en todo, un noble y poderoso señor cuidaría de su educación.

ROBERTO ¿Pero y esta carta?

TOMÁS (Dándola.) Vedla, la conservé siempre en mi poder.

ROBERTO (¡La carta de Dickson!)

TOMÁS Ellos mismos se acusan en ella.

ROBERTO Y el rey al expirar, ¿no os reveló el nombre de su asesino?

TOMÁS Desgraciadamente no tuvo tiempo de revelármelo.

ROBERTO (¡Respiro!)

JACOBO Ya veis que esta carta prueba la inocencia de Catalina.

ROBERTO Que es lo que nos interesa. Tiempo habrá para dar con el asesino. Os confieso que tengo concebida alguna sospecha.

TOMÁS ¿Acerca el que también me robó mi hijo?

ROBERTO Pudiera ser.

JACOBO ¿Y sobre quién recaen?

ROBERTO Recordáis que el conde Donglars hace veinte años era enemigo de vuestro padre, a causa de sus locas pretensiones al trono.

JACOBO Sí, pero falleció ayer, y mal pudo dar las órdenes para que prendieran a Patrik.

ROBERTO Pero quedan sus cómplices. Esta mañana Dickson vió entrar en su palacio a tres hombres disfrazados.

TOMÁS Los cuales pueden saber el paradero de mi hijo. Jo os juro que vivo o muerto el conde, yo sabré si fué el asesino. Llevo aun el traje del lazareto y conozco perfectamente la morada del conde.

JACOBO ¿Qué intentas?

TOMÁS Vais a saberlo; dentro de una hora sabré si fué él el que robó a mi hijo.

ROBERTO (No comprendo lo que se propone.)

ESCENA VII

Dichos, ENRIQUETA y CATALINA; más tarde CARLOS y Nobles.

ENRIQUET. Aquí está el rey, madre mía.

JACOBO ¡Enriqueta! ¡Catalina!

CATALINA ¿Dónde está mi hermano?

JACOBO En este instante ha marchado en pos de una prueba que puede tal vez hacerle hallar a su hijo.

CATALINA Temo que no caiga nuevamente en poder de sus enemigos.

JACOBO El cielo protegerá a quien acaba de presentar una prueba de tu inocencia. Yo la haré pública, a fin de que mi reino pueda convencerse de la veracidad.

CATALINA Y a mí se me acusaba, cuando yo me sacrifiqué abandonando el amor de mi esposo y el cariño de mi hija, a quien dejé en la cuna.

ENRIQUET. ¡ Pobre madre de mi alma !

JACOBO Pero llegó la hora de premiar tu noble proceder con la bendición de cuantos te rodean.

CARLOS (Por el foro.) Señor, los nobles a quien habéis congregado a vuestra presencia.

JACOBO Decidles que lleguen hasta mí. (Entran.) Condes y milores: mañana mi primer ministro presentará ante la Cámara de Justicia la prueba de la inocencia de Catalina Patrik, esposa de vuestro rey, proclamando su rehabilitación. Al propio tiempo, ante vosotros desposo a Carlos, hijo del duque Roberto, mi primer ministro, con la hija del rey de Escocia y de Catalina Patrik.

CARLOS ¡ Oh, gracias, señor !

CATALINA A ellos debo mi salvación.

ROBERTO Señor, ¿cómo agradeceros el honor que dispensáis a los míos?...

JACOBO Vos, milord, sois desde hoy el primer dignatario, como padre del heredero de mi corona.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y TOMÁS.

TOMÁS Señor.
JACOBO ¡Patrik!
TOMÁS Se engañó quien dijo que fué el conde de Donglars el asesino de vuestro padre. Al mismo tiempo vengo a anunciaros que hallé a mi hijo.
JACOBO ¿Dónde está?
TOMÁS Aquí, entre vosotros.
CATALINA ¡Tu hijo!
TOMÁS Sí, lo repito; el rey de Escocia acaba de desposarlo con su hija Enriqueta.
ROBERTO (¡Maldición!)
JACOBO ¡Carlos!
CARLOS ¿Yo vuestro hijo?
TOMÁS Sí, hijo de Patrik, el carretero.
ROBERTO ¡Ea, basta de tanta impostura!
TOMÁS ¿Impostura dijiste, milord? Vais a verlo. En mi anterior relato, nada os dije de una mano hallada por mí luego junto al sitio que sostuve la lucha con los asesinos de Jacobo III. Aquella mano se la corté yo de un certero golpe de hacha. Debo añadir, además, que aquella mano tenía en sus dedos un anillo de duque, ¡el vuestro! (A Roberto.)
ROBERTO ¿Qué osáis decir?
TOMÁS Nada, monseñor, podéis bien sencillamente rebatir mi acusación mostrando vuestras dos manos. Quitaos los guantes de las dos.
ROBERTO (¡Oh, me he perdido!)
TOMÁS ¿Qué aguardáis?
JACOBO Duque, despojad vuestras manos.
ROBERTO ¡Acaso prestáis crédito!...
JACOBO ¡Vuestras manos he dicho!

TOMÁS Obedeced. (Le quita el guante, y se le ve que falta su mano izquierda.)

TODOS ¡Ah!

ROBERTO ¡Maldito seas!

JACOBO Carlos, el hombre a quien favorecíais con el nombre de padre era solo un asesino.

CARLOS ¡Padre mío!

ROBERTO Señor...

JACOBO Mañana la coronación de Catalina y el suplicio del asesino de Jacobo III.

TELÓN

FIN DEL DRAMA

Obras que tiene existentes TEATRO POPULAR

1. LA PRINCESA DEL DOLLAR. — Bruno Güell.
2. LA OLA GIGANTE. — José Fola Igúrbide.
3. EL SEÑOR CONDE DE LUXEMBURGO. — José Zaldívar.
4. LA CAPTURA DE RAFFLES. — L. Millá y G. X. Roure.
5. EL SOL DE LA HUMANIDAD. * — José Fola Igúrbide.
6. ZAZÁ. * — C. Costa y J. M.ª Jordá.
7. MUJERES VIENESAS. — Pablo Parellada (Melitón González).
8. HAMLET. — Pompeyo Gener.
9. GIORDANO BRUNO. — José Fola Igúrbide.
10. EL NIDO AJENO. — Jacinto Benavente.
11. EL REY. — Enrique Henríquez.
12. PRISIONERO DE ESTADO, O LA CORTE DE LUIS XIV. — A. Mundet Alvarez y José M.ª Pous.
13. FANTINA, O LOS MISERABLES. — A. Mundet Alvarez.
14. LA LADRONA DE NIÑOS. — Francisco Tressols.
15. LOS DIOSES DE LA MENTIRA. — José Fola Igúrbide.
16. CRISTO CONTRA MAHOMA. — José Fola Igúrbide.
17. JUVENTUD DE PRÍNCIPE. — C. Costa y José M.ª Jordá.
18. JUAN JOSÉ. — Joaquín Dicenta.
19. LA SOCIEDAD IDEAL. — José Fola Igúrbide.
20. LA CIZAÑA. — Manuel Linares Rivas.
21. ENTRE RUINAS. — R. Campmany y G. Giralt.
22. LA VIDA ES SUEÑO. — Refundición de Luis Millá.
23. SABOTAGE. E. Arroyo y C. Dotesio.—PASA LA RONDA. F. Llano.
24. MAGDA. — Carlos Costa y José M.ª Jordá.
25. EL PAPÁ DEL REGIMIENTO. — Felipe Pérez Capo.
26. EL ALCALDE DE ZALAMEA. — Refundición de Magnolio Juárez.
27. LOS DOS PILLETES. — Juan B. Enseñat.
28. DON JUAN DE SERRALLONGA. — Víctor Balaguer.
29. EL REY LEAR. — Juan B. Enseñat.
30. ESPECTROS. — A. Mundet Alvarez.
31. LAS CIGARRAS HORMIGAS. — Jacinto Benavente.
32. EL REGISTRO DE LA POLICÍA. — Eduardo Vidal y Valenciano.
33. EL VERGONZOSO EN PALACIO. — Refundición de L. Suñer.
34. LA FUERZA DE LA CONCIENCIA. — Joaquín García Parreño.
35. AURORA. — Joaquín Dicenta.
36. EVA. — G. Jover y J. Zaldívar.
37. EL BUFÓN. — Joaquín Dicenta (hijo).
38. EL CUCHILLO DE PLATA. — E. V. y Valenciano y Roca y Roca.
39. NICK CARTER. — Enrique Henríquez.
40. LA CENA DE LOS CARDENALES. — Francisco Villaespesa. ¡JUSTICIA HUMANA! — José Pablo Rivas.
41. EL SEÑOR FEUDAL. — Joaquín Dicenta.
42. EL VERANILLO DE SAN MARTÍN. — Ramón de Saavedra.
43. EL DESDÉN CON EL DESDÉN. — Luis Suñer Casademunt.
44. AMOR DE AMAR. — CUENTO INMORAL. Jacinto Benavente.
45. LA DAMA DE LAS CAMELIAS. — Magnolio Juárez.
46. LA DOMADORA DE LEONES. — José Fola Igúrbide.

47. EL CAPITÁN CAJERO, O LOS DOS SARGENTOS FRANCESES. — Luis Millá.
48. EL MÍSTICO. — Joaquín Dicenta.
49. GARCÍA DEL CASTAÑAR, O DEL REY ABAJO NINGUNO. — José Vico.
50. LA FIERECILLA DOMADA. — J. M.ª Jordá y Luis de Zulueta.
51. EL HONOR. — Luis Recoll.
52. EL SÍ DE LAS NIÑAS. — Leandro Fernández de Moratín.
53. MARÍA ANTONIETA. — J. C. y E. V. V.
54 LA VIUDA ALEGRE. — A. Roger Junoi.
55. EL ABATE FARIA Y EDMUNDO DANTÉS, O EL CONDE DE MONTECRISTO. — José Nieto y J. Guardia.
56. OTELO. — Ambrosio Carrión y José M.ª Jordá
57. EL BARBERO DE SEVILLA. — A. Mundet Alvarez.
58. DANIEL. — Joaquín Dicenta.
59. PECADO DE JUVENTUD. — José Artís.
60. NADIE MÁS FUERTE QUE SHERLOCK HOLMES. — Luis Millá y Guillermo X. Roure.
61. LA MUERTE CIVIL. — Salvador Suñer.
62. LA APUESTA DE DON JUAN TENORIO. — Magnolio Juárez.
63 SOR TERESA, O EL CLAUSTRO Y EL MUNDO. — E. Vidal.
64. LA NIÑA BOBA, O BUEN MAESTRO ES AMOR. — Refundida por Luis Suñer Casademunt.
65 EL PAN DE PIEDRA (EL CARBÓN). — José Fola Igúrbide.
66. ROMEO Y JULIETA. — J. Roviralta Borrell.
67 LOS REYES ANTE LA INQUISICIÓN.—Baró, Salvat y Sala.
68. FELIPE DERBLAY. — Georges Ohnet.
69. LOS MALOS PASTORES. — Felipe Cortiella.
70. HUYENDO DEL NIDO. — Carlos y Enrique Arroyo.
71. CLAUDIO FROLLO, O NUESTRA SEÑORA DE PARÍS. — Emilio Boix Serra.
72. PASIÓN FATAL, O ANA KARENINE. — José Zaldívar.
73. MARGARITA DE BORGOÑA. — Luis Suñer Casademunt.
74. EL HÉROE VENCIDO, O EL SOLDADO DE CHOCOLATE. — José Zaldívar.
75. LA MÁQUINA HUMANA. — José Fola Igúrbide.
76. EL LADRÓN. — Manuel Bueno y Ricardo J. Catarineu.
77. EL JUDÍO ERRANTE. — Alfredo Pallardó.
78. LA NAZARENA. — Ricaro Estrada y Estrada.
79. LAS MÁSCARAS. — A. P. Maristany y J. Fabré Oliver.
80. EL DIFUNTO TOUPINEL. — Julián Romea.
81. EL HIJO DEL MILAGRO. — Ricardo Estrada y Estrada.
82 ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO. — Luis Suñer Casademunt.
83 ¡EL! — José López y Gilve y Fabio Pellicer.
EN FLAGRANTE DELITO. — Luis Millá.
84. FUALDÉS. — Luis Suñer Casademunt.
85 EL ADVERSARIO. — Alfonso Danvila.
86. LA PORTERA DE LA FÁBRICA. — Alfredo Moreno Gil.
87 BERNARDO DEL CARPIO. — Ambrosio Carrión.
88. LA VERDAD SOSPECHOSA. — Luis Suñer Casademunt.

Las marcadas con * están agotadas.

TEATRO POPULAR

ADMINISTRACIÓN: ARAGÓN, 386. — BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. EL JOROBADO, por A. Bourgeois y Paul Febal.
2. EL CRISTO MODERNO, por José Fola Igúrbide.
3. TREINTA AÑOS O LA VIDA DE UN JUGADOR, por Ducange y Dinaux.
4. DON GIL DE LAS CALZAS VERDES, por Tirso de Molina.
5. LA CARCAJADA. por Felipe D'Ennery.
6. EMILIO ZOLA O EL PODER DEL GENIO, por José Fola Igúrbide.
7. LA TABERNA, por Emilio Zola.
8. EL MEJOR ALCALDE, EL REY, por Lope de Vega.
9. FANSOMAS O EL LADRÓN INCOMPRENSIBLE, por Gervais y Musset.
10. CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR, por Calderón de la Barca.
11. EL MÉDICO DE SU HONRA, por Calderón de la Barca
12. MIGUEL STROGOFF, por Julio Verne.
13. EL ÚLTIMO CARTUCHO, por J. Molgosa Valls.
14. CATALINA HOWARD, por A. Dumas (padre).
15. EL LICENCIADO VIDRIERA, por Moreto y Cabaña.
16. LOS MÁSCARAS NEGRAS, por Augusto Fochs Arbós.
17. TRITÓN O UN BANDIDO DEL GRAN MUNDO, por Juan B. Enseñat.
18. LA HERMANA DEL CARRETERO, por J. Bouchardy.

SEMANA PRÓXIMA:

LA TOGA ROJA